

5. *Luis Vives* [1841]



Luis Vives, *rara avis* de la historia de la cultura española

CÉSAR GAVELA

En 1841, cuando Enrique Gil publica este artículo en *El Pensamiento*, de Madrid, ya dispone de un modo de vida digno pues, gracias a sus méritos e influencias, está empleado en la Biblioteca Nacional. Percibe un sueldo fijo y tiene una tarea muy adecuada para quien había decidido dedicar su vida al periodismo y la literatura. En la Biblioteca, además, pudo conocer a personas cultas que le sugirieron lecturas y estudios.

Luis Vives nació en Valencia en 1492 en una familia judía que sería víctima cruel del fanatismo de la Inquisición. Su padre fue quemado vivo y su madre, muerta antes de la sentencia, fue desenterrada y luego quemada. Luis Vives, aconsejado por su padre, había puesto tierra por medio en los albores del terrible pleito y vivió el resto de su vida en el extranjero. Doctorado por la Sorbona, en 1512 se instaló en Brujas, la ciudad donde moriría en 1540, con solo 48 años. Pero no solo vivió en la actual Bélgica, pues también pasó varios años en Inglaterra, regresando a Brujas en 1526. En su periodo británico fue profesor en Oxford y alcanzó el honor de ser el canciller del rey Enrique VIII. Sin embargo, él prefirió volver a Flandes, donde se sentía más feliz y mejor integrado en su ambiente cultural y universitario.

Enrique Gil comenta los libros que escribió el gran valenciano, a quien define como “hombre de raras cualidades que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter llegó a ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo”.

El leonés admira a Luis Vives y casi podríamos arriesgar que lo tiene por modelo: el de un escritor español que vive en el extranjero, en un entorno más elevado y libre, en la vanguardia del pensamiento. Enrique Gil resalta el empeño del humanista por devolver al latín su esplendor después de tantos



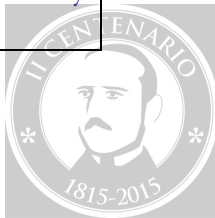
siglos de desidia y abandono; un maltrato que entorpece gravemente la creación intelectual. Gil también elogiará el empeño de Vives por restituir la pureza a los textos de los filósofos griegos, que habían sufrido un gran deterioro en la Edad Media bajo un escolasticismo estéril y adocenado. “Solo por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían”.

El periodista recoge la preocupación pedagógica de Luis Vives por ofrecer la mejor educación posible a los jóvenes, siempre desde la honestidad intelectual y la defensa de la verdad y la belleza. A lo que Gil añade otro ingrediente: el importantísimo papel del sentimiento. Inesperada y reveladora incursión del ensayista berciano, para quien “cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones o revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento”.

Ahora bien, no todo lo que dejó escrito Vives convence a Gil, quien siempre se caracterizó por ser fiel a su juicio, y por no hacer excepciones nunca, ni siquiera cuando valoraba la obra de sus mejores amigos. El leonés solo sirve a su libre opinión y por ello criticará severamente el contenido de algunos libros del valenciano. En concreto *De la instrucción de la mujer cristiana* y *Del Oficio del marido*, dos textos que justifican el poder omnímodo del esposo en el seno del matrimonio, y que además reducen la vida amorosa a la pulsión física. Algo que ya debería estar plenamente periclitado en el siglo XVI, como bien prueba la pasión de Dante y Beatriz o de Romeo y Julieta, tal y como recuerda el propio Gil.

El berciano también se detiene en una de las grandes novedades del pensamiento de Vives: sus ideas sobre la ética en el trabajo, sobre la justa distribución de sus beneficios y, muy en particular, su defensa de la educación de los muchachos pobres, para restituirlos a la sociedad en plenitud, a lo que tienen pleno derecho.

Luis Vives es una *rara avis* de la historia de la cultura española. Un pedagogo, un filólogo, un hombre cívico, universalista y sabio. Una persona que se empeñó en muy diversos avatares intelectuales, todos ellos tendentes al mejoramiento de la vida de las personas. Y podríamos añadir, por último, que el trabajo de Gil sobre Luis Vives tiene algo de premonitorio porque su autor, andando el tiempo, también viajaría por la tierra adoptiva de Vives en su fecundo y demorado camino hacia Berlín, donde moriría tan dolorosa y prematuramente.



I

Con razón nos echan en cara los extranjeros la indiferencia y descuido con que miramos nuestras glorias, y aun por ello mereceríamos inculpaciones más severas, si las poco favorables circunstancias en que se ha encontrado España a contar desde la mitad del siglo XVII, no nos sirviesen en cierto modo de disculpa. En cierto modo decimos, sin embargo, porque si bien la decadencia de la nación regida un tiempo por Carlos y Felipe II es harto notoria, todavía nos debe causar rubor pensar que en tal cual pacífico y lucido intervalo, que desde entonces acá ha disfrutado el país, no solo haya quedado por soldar la cadena de la civilización con que en mejores días íbamos ciñendo la redondez de la tierra, sino también que hayamos dejado carcomerse de orín sus resplandecientes eslabones.

¡Lástima grande por cierto que las ideas más nobles y benéficas, que por su propia fecundidad y vigor parecían escudadas de los ataques del tiempo y del embate de las vicisitudes públicas, se amortigüen por circunstancias, cuyo alcance no debiera llegar a tan elevadas regiones! ¡Lástima en verdad que nombres por tintos títulos ilustres puestos por la mano de Dios como otras tantas piedras miliarias en el camino de las generaciones, vengan abajo con miserable estrago, arrastrando en su caída la influencia y hasta el recuerdo quizá de una época ennoblecida con grandes hechos y descubrimientos! La humanidad está destinada tal vez a perfeccionarse tanto por sus adelantos como por sus retrocesos, así por sus esperanzas como por sus desengaños, y en esto sin duda se cifra el secreto injusto a que se ven condenadas voces en otro tiempo poderosas, obras gigantescas que abarcaban el conjunto de su siglo y fijaban la época de una transición completa en las ideas, emancipándose de lo pasado y lanzándose con ánimo resuelto a los caminos del porvenir.

Tales fueron las obras y trabajos de Luis Vives, hombre de raras cualidades, que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter, llegó a ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo. Temple maravilloso se necesitaba para



atropellar por tantos obstáculos como embarazaban los caminos del saber y de la razón, para removerlos sin más auxilio que el de una voluntad enérgica y firme, para convertirse en el intérprete de tantas esperanzas como abriga la humanidad en todas las épocas de transición, y conservar al mismo tiempo aquella prudencia y tino exquisito que templan la vehemencia de los deseos, organizan las tendencias, dirigen los esfuerzos hacia un término útil y noble a la vez, y caminan a la conquista de lo futuro sin romper con las tradiciones y con la historia, aprovechando cuantos elementos de progreso deja sembrados el transcurso de los tiempos.

Cuando Juan Luis Vives vino al mundo (1492), el principio de la civilización cristiana acababa de quedar triunfante en España con la toma de Granada, el poder real se consolidaba en las hábiles manos de los Reyes Católicos y de su ministro el cardenal Jiménez de Cisneros; la imprenta iluminaba el mundo con sus primeros resplandores; la caída del imperio griego y la pérdida de Constantinopla traían a Europa las teorías de los antiguos griegos; sus obras originales despertaban en Italia el genio de las bellas artes; desenvolvíase prodigiosamente el comercio con la emancipación de sus ciudades, y al paso que el descubrimiento del Nuevo Mundo extendía las ideas y comunicaba un vigoroso impulso a los espíritus, por donde quiera se traslucía la necesidad de las reformas filosóficas y aun religiosas. A vista de tan extraordinario concurso de circunstancias tan felices como inesperadas, parecía que la serpiente simbólica de los antiguos, que representaba el círculo eterno de las edades, se desnudaba de su piel áspera y oscura para trocarla por otra arrebolada de hermosos y apacibles colores.

Sin embargo, estos hechos eran demasiado recientes y carecían por lo mismo de aquella autoridad que les comunica a la vez el transcurso del tiempo, el ensayo de sus ventajas y la luz de la razón; semejantes al espíritu de Dios cuando era llevado sobre las aguas, solo muy poco a poco iban deshaciendo las nieblas que cubrían el campo de las ciencias. La filosofía escolástica, embestida ya por diversas partes, defendía a palmas su terreno, escudada con la larga costumbre de su predominio, apoyada en sus métodos *a priori*, que tan bien se avenían con la unidad sintética y robusta del catolicismo, y fiada por último en el desbarajuste y confusión del lenguaje y en el intrincado laberinto de sus distinciones



sutiles y de su extraña terminología. Ni era solo moral la preponderancia que ejercía, pues no contenta con todas estas ventajas, estaba además apoderada de todas las escuelas y colegios desde la primera enseñanza hasta la más adelantada y seria, de modo que si bien luchaba contra la corriente de la época, todavía presentaba una falange numerosa y bien atrincherada.

Los años de formación

Luis Vives asistió en Valencia al curso de latinidad de Jerónimo Amigueto y de Daniel Sisó, de cuyas explicaciones no es de esperar que sacase gran fruto, porque la lengua de Cicerón y de Virgilio andaba tan desconocida y por el suelo, que los Reyes Católicos tuvieron que ordenar expresamente su enseñanza a cuantos seguían la carrera eclesiástica y aun a las religiosas. El famoso Antonio de Nebrija había enriquecido la España por entonces con el inmenso caudal de su erudición, y procuraba resucitar en ella el estudio de los hermosos modelos de la antigüedad y restituir a las ciencias el instrumento de un lenguaje culto y preciso. Habíale acogido con bondad suma y aun con sincera gratitud el cardenal Jiménez de Cisneros, y los pocos sabios que entonces en España había, pero no en todas partes le miraban con los mismos ojos; de tal manera que Jerónimo Amigueto alentó a nuestro Vives para que escribiese contra él una especie de invectiva, cosa a que no le repugnó prestarse, engañado por la natural efervescencia de los pocos años, y estimulado de las sugerencias de su maestro.

¡Triste principio de una carrera gloriosa el atacar de esta suerte la reputación de un hombre con cuyos esfuerzos y pensamientos había de estar más tarde en tan cabal armonía! Desagravióle entonces cumplidamente, pero este suceso que el erudito don Gregorio Mayans pone en duda, aunque nada tiene de extraño ni de perjudicial a la opinión de Luis Vives, es una prueba más de los tropiezos que encontraban entonces por el camino los que se dirigían al santuario de las ciencias. Es probable que, además de la lengua latina, se dedicó igualmente a la griega, que enseñaba entonces un Bernardo Navarro, y aun al estudio del derecho civil, bajo, la dirección de su abuelo materno Enrique March, que explicaba las instituciones de Justiniano.



De todos modos, este alimento era sobrado escaso para un alma tan elevada y codiciosa de saber, y aunque París no presentaba mucho mejor aspecto, era sin embargo el centro de las luces de la época, y allí acudían de todas partes jóvenes estudiantes a cebarse en las interminables disputas de la escuela, y a sacar por único patrimonio del entendimiento la ciencia de las palabras y un buen repuesto de sutiles distinciones y de especies inaplicables al adelanto de las luces y a la ciencia de la vida. Luis Vives, siguiendo el ejemplo de sus contemporáneos, se dirigió a París, donde le tocaron por maestros Gaspar Lax, natural de Sariñena, en Aragón, y Juan Dullard.

Era una especie de aforismo continuo en boca del último esta máxima extraña: “Cuanto mejor gramático fueres, peor dialéctico serás”, sentimiento de que el vulgo científico de la época participaba en tal manera que había llegado a ser una especie de axioma. Mirábanse como incompatibles las argumentaciones y disputas escolásticas con el habla castiza y depurada de griegos y latinos, como si las formas de que usaban en ellas hubiesen venido de otra parte que no fuese la Grecia o Roma, fenómeno extraordinario, y que en nuestro entender requiere explicación.

La recepción de los griegos

Cuando los diversos sistemas filosóficos de Grecia trasladados a Roma vinieron a perderse en un epicureísmo²⁸ grosero y bastardo durante la época de su decadencia, ya por la corrupción de las costumbres, ya por la incertidumbre y continuo recelo que a todos aquejaba con la presencia de las tempestades que se amontonaban en el porvenir, Alejandría fue el lugar donde se refugiaron los pocos pensamientos profundos y dignos de la razón humana que flotaban sobre el cenagal de Roma.

Las teorías de Pitágoras, Platón, Aristóteles y Zenón habían hallado ya de antemano benigna acogida bajo el reinado de los Tolomeos, y un lugar distinguido en su escogidísima biblioteca y entre los sabios reunidos y agasajados por la munificencia de estos príncipes ilustres. Era además Alejandría la plaza comercial de más importancia y escala

²⁸ En *El Pensamiento* y en las ediciones de 1883 y 1954, “epicurismo”.



universal de todas las comunicaciones con el Oriente, de modo que estas circunstancias reunidas a otras muchas de segundo orden, hicieron de ella una especie de centro adonde se encaminaban todas las tendencias filosóficas que sobrevivían a época tan desastrada. Mas el entusiasmo que habían excitado las antiguas doctrinas, amortiguado y tibio con la relajación de casi todos los resortes morales, había cedido el puesto a un eclecticismo vago y exaltado, favorecido por la necesidad de creencia y de consuelo, entonces más sensible que nunca, y sobre todo desarrollado por el sentimiento nuevo y ardiente de la fe cristiana que mezclaba ya frutos sazonados a sus hermosas flores. La sociedad se renovaba entonces, y mal podían convenir a su infancia lecciones y sistemas hijos de una sociedad que había llegado al término de la madurez por el sendero de la experiencia; razón por la cual de todos los dogmas filosóficos, solo fueron apreciados y cultivados los que favorecían el instinto contemplativo y místico de aquella época.

Pitágoras y Platón encontraron por donde quiera discípulos y comentadores; Aristóteles mismo, a pesar de su método analítico, halló gracia a sus ojos por la vaguedad de algunos trozos de su *Metafísica*, pero todos ellos sufrieron mutilaciones y alteraciones de cuenta para haber de acomodarse a un orden de ideas tan distinto del suyo. De este modo, enturbiando su claro manantial, se abrió camino hasta llegar a la corte los Califas, que por entonces regían un pueblo lleno de aliento y ansioso de toda suerte de glorias; pero allí les cupo la misma suerte que en Alejandría, pues precisados los filósofos árabes a conciliar sus doctrinas con el Corán, y seducidos además casi siempre por su imaginación exaltada, las adulteraron en tales términos, que los trabajos de Al-Kendi, Al-Farabi, Avicena, Abubeker y Averroes, bien que preciosos para la historia de la filosofía, no hicieron otra cosa que desviarlas más y más de su origen y natural destino.

Mientras esto sucedía en Oriente, los bárbaros habían acabado con la antigua civilización romana, y cuando el genio maravilloso de Carlomagno quiso iluminar el imperio de Occidente con los resplandores de la sabiduría, durante una serie de tres o cuatro siglos apenas se advierten sino esfuerzos infructuosos, atajados por lo azaroso de las circunstancias y por la falta de guías competentes en la difícil carrera que emprendían los ingenios. Limitábase entonces la enseñanza



a algunos libros de Aristóteles, y a tal cual fragmento de Platón, no solo incompletos y mancos de por sí, sino también desfigurados por infieles comentadores cuales eran Porfirio, Boecio, Dionisio Areopagita y San Agustín, marcados todos con el sello de la escuela de Alejandría.

La escolástica

A fines del siglo XI y principios del XII, Rousselin y Abelardo intentaron sacudir el yugo del escolasticismo, suscitando la famosa cuestión de los *universales*, y abriendo una serie de ideas y pensamientos, que si bien por prematuros no produjeron los frutos que era de esperar, fueron de subido precio para la ciencia, así por la independencia preciosa que introdujeron en ella, como por los nuevos caminos que abrieron a las reformas posteriores.

En el siglo XIV empezó a ser conocido Aristóteles de una manera más completa, con la comunicación de los árabes de España; y Alberto, llamado el Grande, se constituyó en intérprete suyo, cautivando para los dos la admiración y aplauso universal; pero por desgracia sus doctrinas, falseadas ya por los árabes, lo fueron más por traducciones defectuosas de un texto hebreo, y el filósofo griego tuvo que vestir por último el traje de la escuela, y acomodarse a nuestra teología, y aun a los usos de nuestros doctores.

Consecuencia natural de tan errado sistema era el apartarse más cada día de la verdadera filosofía, pero es preciso convenir en que los escolásticos procedían con lógica y concierto, ajustándose en un todo a las premisas que sentaban y que aun extraviados por su falso criterio, hicieron descubrimientos de importancia.

Vino por fin el siglo XV, y los originales antiguos traídos por los griegos fugitivos de Constantinopla difundieron su luz por todas partes, y pusieron de manifiesto las capitales diferencias, que existían entre los peripatéticos de Aristóteles y los de la escuela. Por donde quiera comenzaron a cultivarse con ardor las lenguas sabias; a un mismo tiempo resucitaron todos los sistemas de la antigüedad, y el escolasticismo embarazado con sus fórmulas y aprisionado en las cadenas de sus métodos, ni fue poderoso a contrarrestar la influencia de las nuevas doctrinas, ni a acallar el espíritu de duda y de examen que por natural reacción se despertaba en todas partes.



Esta revolución importantísima produjo en un principio, como era natural, más eruditos que filósofos, porque el transcurso de los tiempos y la influencia de la costumbre habían robustecido de tal suerte las antiguas cadenas que no era fácil romperlas a la primera sacudida. La filosofía moderna había adolecido desde su nacimiento de un vicio radical que despojándola de todo carácter original y espontáneo, la despojaba al mismo tiempo de toda fecundidad. Consistía este vicio en haber encontrado el arte del raciocinio y las formas de la ciencia antes de formar su razón y de encarnar en la ciencia; hecho que de por sí solo trastorna todo el concierto y subordinación de las ideas.

Los escolásticos, pertrechados de toda clase de distinciones, nomenclaturas y argumentos, carecían de hechos positivos y de verdades adquiridas por medio de la observación, de modo que si bien manejaban algunos instrumentos, fabricaban en el aire, y ni aun a costa de los más ímprobos trabajos podían dar a los resultados un valor que no estaba en los elementos. Lo único que podían alcanzar era multiplicar las combinaciones abstractas y las disputas de palabras, y disertar eternamente. Abelardo y los nominales subieron al origen de esta situación y procuraron cambiarla; pero no había llegado aún la época de las reformas, y era menester continuar por la huella de la antigüedad durante mucho tiempo.

La emigración de los griegos del bajo imperio y el recobro de sus antiguas hipótesis no fue bastante para acelerar esta transición, a pesar de su inmensa utilidad, porque el ansia misma y el entusiasmo con que las acogió la filosofía extenuada por sus propias sutilezas y falta de alimentos sólidos, alejaban todo espíritu de crítica, y solo daban lugar a la admiración, de suyo ciega y confiada. El único consejero de la prudencia y de la sabiduría era la erudición, con lo que de nuevo se volvió a trastornar el orden de las ideas, porque se tuvieron por resultados definitivos unos sistemas que no debían ser más que una serie de experiencias destinadas a dirigir el espíritu humano en su nuevo camino. Las teorías en que brillaba alguna originalidad e invención se quedaban muy atrás de las griegas, por ser efecto de producciones sobrado espontáneas, que no estaban fundadas en la experiencia, antes bien estribaban principalmente en los instintos de la época.



Tal era la situación filosófica de la Europa cuando Luis Vives vino al mundo. Por un lado el escolasticismo atrincherado en las escuelas todavía, y apoderado de la enseñanza, sin querer cejar en su propósito; por otro, los sabios de la época vueltos los ojos a lo pasado, ocupados en la restauración de sus sistemas, pero ajenos en sus tareas de todo plan y unidad, y acordes únicamente en hacer cruda guerra a los escolásticos.

El juicio claro y recto de nuestro compatriota abarcó de una sola ojeada el estado de las cosas, y se trazó un camino que siguió después con infatigable constancia. Disgustado de los estudios de París y convencido de su inutilidad, se retiró a Brujas cuyo buen gobierno, cultura y suaves costumbres se avenían perfectamente con su índole apacible y su carácter recogido. En la soledad de su retiro, entregado a serias meditaciones y penosos estudios, concibió la importante idea de manifestar los errores que abrigan las ciencias y artes, así en su esencia como en sus fórmulas, tarea para la cual parecía nacido por el vigoroso temple de su criterio, prenda en que a todos sus contemporáneos adelantaba.

Primeros libros

Esta necesidad era la de más bulto en una época en que, descubierta a los ojos de todos los hombres pensadores la impotencia de los métodos y la esterilidad de las ideas, solo por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían. Sin derrocar los sistemas escolásticos, era de todo punto imposible abrir las zanjas del edificio majestuoso que todos los talentos privilegiados columbraban entre las nieblas del porvenir. Preciso era para esto restituir a la lengua latina su exactitud y pureza, trazar un cuadro histórico de la filosofía desde su origen hasta el estado en que entonces se hallaba, analizar sus tendencias durante estas diversas épocas y deducir finalmente de esta comparación los trastornos y modificaciones que hubiese sufrido: plan verdaderamente gigantesco, para el cual se necesitaban no solo dotes extraordinarias, sino también la fe de aquellos tiempos en que la ciencia era una verdadera religión para los que lograban penetrar sus arcanos.

Luis Vives ensayó sus fuerzas con el tratado titulado *De initiis, sectis et laudibus philosophiae* [Del origen, sectas y alabanzas de la filosofía,



Lovaina, 1518]²⁹, y con el Liber in Pseudo Dialecticos [Contra los malos dialécticos, Lovaina, 1519], obras ambas que le granjearon universal aplauso, y que eran como el crepúsculo que prometía la brillante luz de los libros Sobre la corrupción de las artes, Sobre la enseñanza de las ciencias y los Comentarios a La Ciudad de Dios, de San Agustín³⁰. En la primera, con arreglo a su título, trazaba un cuadro reducido a la verdad, y no completo, del nacimiento y vicisitudes de la filosofía; pero lo que le faltaba en extensión, suplían ventajosamente el método ordenado, la sana y atinada crítica y las tendencias generales y profundas que resaltaban en él. Era el primer trabajo de este género que se llevaba a cabo; el buen gusto en la ejecución realzaba la importancia intrínseca del pensamiento: la filosofía recobraba su carácter elevado, y en cierto modo se desquitaba de su frivolidad recordando sus tiempos gloriosos o esperando los no menos gloriosos que a más andar se acercaban.

El segundo libro (In Pseudo Dialécticos), sátira amarga, si bien merecida, del método que se seguía en las universidades, nutrida y bien fundada, armada de una ironía punzante y chistosa y ataviada además con las galas de una elocución suelta, elegante y castiza, se ajustaba mejor a las necesidades de la época, aportillaba impetuosamente la vieja muralla escolástica y ponía de manifiesto la pobreza de sus recursos; así es que, al paso que fue la piedra de escándalo en las escuelas, cautivó la simpatía y elogio de los verdaderos sabios.

ق

Estas obras, que atendida la capacidad de su autor, no pasaban de meros ensayos así por su fondo como por sus dimensiones, acrecentaron su reputación de tal modo que a los veintisiete años de su edad desempeñaba una cátedra en la Universidad de Lovaina y merecía la amistad de los hombres más instruidos de su tiempo, y en particular de Erasmo de Rotterdam y de Tomás Moro, célebre canciller de Inglaterra.

²⁹ En *El Pensamiento* y en las ediciones de 1883 y 1954 se lee ‘Philosophorum’ en vez de ‘Philosophiae’; para este y los demás títulos de las obras seguimos la referencia del *Diccionario* de Ferrater Mora.

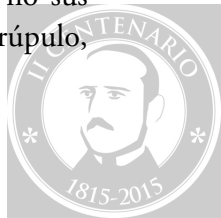
³⁰ Los dos primeros libros forman parte del tratado *De disciplinis* [Brujas, 1531], sobre el que Gil se detiene más adelante.



Ocupábase por entonces el primero de estos en restituir a la luz del día las obras de los Santos Padres purgadas y limpias del moho, no solo de los comentadores, sino también de los copiantes; y para ayudarle en esta importante tarea eligió a Luis Vives, que de muchos años atrás había empleado no poco trabajo en las obras de San Agustín, y le encomendó los comentarios y enmiendas que fuesen necesarios en ellas. Trabajo era este en que la curiosidad competía con la importancia, porque se trataba de determinar una de las series filosóficas más notables de la antigüedad, y de averiguar la índole de la escuela de Alejandría, qué había heredado toda la ciencia del moribundo Imperio Romano, y calentado al propio tiempo en su seno los instintos del cristianismo naciente.

San Agustín, el más célebre de sus santos y doctores, se había alistado bajo las banderas de Platón, cuidando de acomodarle a los principios de la doctrina cristiana, cosa en verdad poco difícil a un talento como el suyo, pues le ayudaba en gran manera para ello el colorido de entusiasmo que se nota en todas las obras de aquél filósofo, y su apego exclusivo a los métodos *a priori*. Luis Vives acometió la empresa con crecido número de datos, con una vasta erudición e infatigable constancia, y la historia filosófica recibió un desarrollo y carácter, que aun en el día nos agrada y sorprende. En especial las vicisitudes de la filosofía de Aristóteles entre los latinos y los árabes aparecieron con toda distinción y claridad en estos *Comentarios*, primera muestra de un análisis detenido y fundado, en los tiempos modernos. Nosotros, que abundamos en obras de la antigüedad perfectamente ordenadas, y que gozamos del beneficio de la imprenta hace cuatro siglos, no podemos calcular a primera vista el esfuerzo y penalidad que llevaban consigo unas tareas en que era necesario muchas veces restaurar el original antes de juzgarlo, y caminar a tientas en busca de su verdadero sentido.

Los comentarios a los libros de *La Ciudad de Dios* fueron recibidos con desiguales afectos y más generalmente con desabrimiento marcado. Andaban los ánimos azorados e inquietos con los movimientos religiosos de Alemania, y no faltaba quien tildase a Erasmo de Rotterdam de parcial y amigo de las doctrinas luteranas. Esta fue la causa verdadera del desvío con que fue acogida esta obra, que no sus tendencias, punto que Luis Vives miró siempre con el mayor escrúpulo,



como lo manifiesta, no solo su correspondencia con Erasmo, sino también la firme y decorosa conducta que observó más tarde en Inglaterra, cuando el célebre proceso de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. Sin embargo de todo, la obra fue en algunas partes prohibida.

La corrupción de las artes

Como quiera, ni estas contrariedades ni los sinsabores que acibararon su existencia en Inglaterra fueron bastantes para apartar a nuestro Vives de sus propósitos científicos, antes bien parecía encontrar en ellos alivio eficaz contra sus pesadumbres y pobreza. De vuelta de aquel país se ocupó con su acostumbrada diligencia en dar la última mano a su obra *De las causas de la corrupción de las artes*, obra que miraba como la corona de sus trabajos y de su reputación. Ni era de extrañar que en tanto la tuviese, cuando en ella estaban representadas no solo las necesidades de la época, sino también el fruto de una vida empleada en el estudio y en profundas meditaciones. Para analizarla como es debido, para comprender lo vasto de su plan, la solidez de su doctrina, la penetración de su análisis, y el prodigioso caudal de conocimientos que contiene, no bastan las páginas de un periódico como este: volúmenes se necesitarían si se hubiese de presentar bajo todos sus aspectos y relaciones.

La misión de Luis Vives era *crítica* en todo el rigor de la expresión, porque si algo podía aprovechar en medio del caos filosófico de aquel siglo, era la luz de la razón y del examen; así es que en ninguna de sus obras aparece tan elevado y tan dueño de la situación como en ésta.

No se propone en ella fundar un sistema, ni crear una nueva secta, sino pedir a las existentes los títulos de su legitimidad, abrir un sendero nuevo, pues la naturaleza que produjo aquellos hombres célebres ni está agotada ni estancada; llevar en todo por guía a la experiencia, y así como esos mismos ingenios observaron, combatieron y enmendaron lo que disentía de sus principios, del mismo modo mostrar sus errores y enderezar su marcha sin desviarse de su ejemplo. Acaso, si hay quien tome después a su cargo la corrección de sus yerros, se llegará a una serie nueva de conocimientos que encierre a la vez principios fijos y métodos perfectos.



Estas son las principales razones de las varias, que en términos sencillos y nobles dirige a sus discípulos en el prólogo de su obra, y que desde luego, revelan su objeto y fundamental idea.

Divídese en siete libros, puestos por el orden siguiente: Primero, *De las causas generales de la corrupción de las artes*. Segundo, *De la corrupción de la Gramática*. Tercero, *De la corrupción de la Dialéctica*. Cuarto, *De la corrupción de la Retórica*. Quinto, *De la corrupción de la Filosofía natural, de las Matemáticas y Medicina*. Sexto, *De la corrupción de la Filosofía moral*. Séptimo, *De la corrupción del Derecho civil*.

Por esta clasificación se vendrá fácilmente en conocimiento de que Luis Vives no solo abarcaba el conjunto de la ciencia en su tiempo, convirtiendo su obra en una verdadera enciclopedia, sino también de que la encadenación de sus ideas no podía ser más lógica y rigurosa. Asentado por fundamento de todo la Gramática, como el único medio de dar al pensamiento aquella precisión y claridad en que se funda la comunicación de las nociones de todas clases, Luis Vives resucitaba a un mismo tiempo el buen gusto, y abría camino a una dialéctica cuerda y juiciosa, sobre la cual estribaban a su vez cuantas ciencias eran entonces el patrimonio del ingenio humano.

ق

El libro segundo contiene un análisis erudito por demás y razonado de las diversas causas que habían traído a tan lastimoso estado el habla latina, que entonces era la lengua general de los sabios; y después de probar cumplidamente el triste influjo que había ejercido esta corrupción en todos los ramos del saber humano, concluye con una severa censura de los libros de caballería, en que su espíritu razonador y positivo no veía más que fábulas insípidas, desnudas de todo fundamento y verdad, y propias solo para entretenimiento de gentes ignorantes y desocupadas. Vives combatía con la razón estas creaciones del entusiasmo y de la imaginación que el ingenio de Cervantes iba a reducir a pavesas dentro de poco.

En el libro segundo penetra el autor en los senos de la antigüedad; desarrolla la doctrina de Aristóteles con exactitud pasmosa, pone en claro las alteraciones que sufrió con las traducciones a la lengua latina, incapaz de reflejar todos los matices y delicadezas de la griega por su



genio austero y grave; señala en seguida con el dedo su degeneración cada vez mayor, y haciendo minuciosa anatomía de las formas silogísticas de la escuela, descubre su futilidad y ningún valor. En los siguientes libros manifiesta el mismo temple de criterio, y sobre todo en el tercero, donde patentiza los muchos errores de Averroes, tenido entonces en gran veneración.

Esta obra fijó las ideas y llamó la atención en tales términos, que todos los filósofos de nota que por entonces se sucedieron fueron a beber en su fuente cristalina. Pedro de la Ramée, que después atacó a Aristóteles con menos respeto y veneración de la que merecía tan ilustre maestro, fue acusado de plagiarlo por sus contemporáneos y no sin fundamento, porque en realidad sacaba del arsenal de Vives todas sus armas, si bien no imitaba ni su circunspección ni su cordura. Gasendi, que tanta gloria dio a la Francia, confiesa ingenuamente que las lecturas de Luis Vives y Charrón fueron las que más le alentaron a sacudir el yugo escolástico; y si preciso fuera amontonar citas y ejemplos de esta clase, nos sobrarían autoridades respetables de que echar mano.



Contra la falsa filosofía

Luis Vives, que parecía destinado exclusivamente a derribar el informe edificio de la falsa filosofía, pensó también en levantar uno nuevo, empresa que carecía de sazón y que de consiguiente no pudo llevar a cabo. Sus libros *Del método de la enseñanza [De tradendis disciplinis, 1531]*, *De instrumento probabilitatis*, y *De prima philosophia, sive, de intimo naturae opificio*, aunque abundantes en ideas sanas y llenos de revelaciones importantes, carecen de aquella unidad y armonía que vivifican los sistemas y anuncian los grandes descubrimientos. Ni podía menos de ser así en una época en que la gran fermentación de los espíritus y la fluctuación de las opiniones solo daban lugar al combate y a las artes de la guerra, pero de ningún modo a las teorías que nacen en el seno de la paz, cuando abonanza el mar de las disputas y deja ver por entre sus olas sosegadas las riquezas que guarda en su fondo.

Otro hombre estaba destinado a recoger los frutos de los trabajos de Luis Vives y a oscurecer su brillo en tales términos que apenas merece



un lugar subalterno su memoria entre los historiadores de la filosofía así extranjeros como nacionales. Este hombre fue Bacon, luz y corona de Inglaterra, que dotado de un talento creador, supo reunir todos los elementos dispersos de la ciencia, organizarlos con raro acierto y componer un sistema general profundamente combinado, según el cual “las ciencias se asemejaban a otras tantas pirámides cuya base era la experiencia y cuya cúspide ocupaban los axiomas”. Pensamiento atrevido que abría el paso a un orden nuevo de cosas en el imperio de la inteligencia, pero que hubiera sido imposible no ya de realizarse, mas ni siquiera de concebirse, a no haber encontrado desembarazado el camino y señalado el rumbo en las doctrinas de Luis Vives y de los filósofos contemporáneos.

Sus esfuerzos dieron con la fábrica de los errores en el suelo, su perseverancia limpió y allanó el terreno, su diligencia allegó los materiales para el nuevo edificio, y aun dejó trazadas sus dimensiones: ¿qué faltaba ya sino que el arquitecto se mostrase y el templo de la ciencia se levantase bello, majestuoso y bien proporcionado? Aun así, la gloria de Bacon será eterna, y nosotros los primeros la reconocemos y acatamos; pero a fuer de españoles y amigos de la justicia, nos hemos creído obligados a volver por la fama de un compatriota que con tan calificados títulos la alcanzó. En la carrera de la civilización no es menos útil el que acaba con los males que el que acierta a plantear los bienes, y el genio en cualquier tiempo y lugar es el delegado de Dios en la tierra.

II

Depurando los textos clásicos

Como los trabajos e influencia de Luis Vives se emplearon con preferencia muy particular en restituir a la filosofía su verdadera índole y carácter, presentando la generación y formación de las ideas bajo un aspecto racional y analítico, por eso nos dedicamos en nuestro primer artículo a apuntar, más bien que a desenvolver, sus miras y sistema. Dijimos entonces, y ahora lo repetimos, que algo más que un artículo de periódico era menester para trazar con el debido detenimiento un bosquejo fiel de tareas tan fecundas en resultados como llenas de



importancia y valor intrínseco; pero aun cuando sea ligeramente y como de pasada, hablaremos de otras obras de Luis Vives, que mal pudieran dejarse en el olvido, habiendo de dar a conocer sus vastas miras y profundos pensamientos.

Sabido es cuánto se esforzó desde el principio de su vida en devolver a la lengua latina su antigua nitidez y elegancia, y en derrocar la armazón informe de la jerga que entonces se estilaba en las escuelas, órgano acomodado a la bastarda filosofía que a la sazón dominaba en ellas. Necesitaba semejante abuso un remedio pronto y eficaz, no solo porque al abrigo de semejante confusión se eternizaban las estériles disputas escolásticas que en ella encontraban salidas para toda clase de apuros, sino también porque bajo tan errada dirección se falseaba y viciaba la tierna inteligencia de la niñez, y en vez de adquirir instrucción y gusto sólido, solo encontraba estímulo para lanzarse desde luego en la vaguedad de las argumentaciones y en el mar revuelto de las disputas.

No podían ocultarse a la vista perspicaz de nuestro Vives inconvenientes de tanto bulto, pero como todas sus obras llevaban el sello de una utilidad tan palpable como eminente, lejos de contentarse con meras especulaciones filológicas, se propuso restaurar al mismo tiempo la lengua de Virgilio y sentar las ideas más sanas de educación y de moral en sus bellos diálogos que publicó con el modesto título de *Ejercicios de la lengua latina*.

Ω



Erasmus de Rotterdam, insigne amigo de nuestro autor, había resucitado con gran suceso³¹ este género de literatura en que el genio de los antiguos había campeado con toda su gala y originalidad, y que habían inmortalizado por dos caminos bien distintos a la verdad Platón y Luciano. Erasmo mojó su pluma en la punzante e ingeniosa ironía del segundo, y embistiendo con sus temibles armas al escolasticismo, le forzó a bajar de su cátedra orgullosa, haciéndole el objeto del ludibrio de todos. Conocedor profundo así de su época como

³¹ Las ediciones de 1883 y 1954 cambian ‘suceso’ por ‘éxito’.



del corazón humano, y bien convencido de que los tiros de una sátira fundada y justa son de reparo muy difícil, ridiculizó con agudeza sus desmedidas pretensiones y su escaso valer, y contribuyó a volcar el ídolo de un modo eficaz y poderoso; pero sus diálogos más eran para gustados y saboreados por entendimientos maduros, que no enseñanza de los pocos años.



32

Luis Vives, siguiendo un rumbo opuesto, pero que conducía al mismo término, escribió todos los suyos para alimento de la niñez, y aunque sin aspirar a un sistema cabal y perfecto, dejó un tratado de educación en que la gracia del estilo, la pureza de la dicción y la sal ática del diálogo corren parejas con la sanidad de la lógica y la elevación de los principios morales. Ni los realzan y distinguen estas solas cualidades, pues la mayor parte de ellos tienen marcado carácter dramático, y son estudios de costumbres tan verdaderos y naturales, que parecen una representación viva, si no completa, de los incomparables cuadros de David Teniers. La frescura de las imágenes y la suavidad del colorido guardan tan arreglada proporción con la comprensión infantil y tienen

³² *El alquimista*, de Teniers (c. 1651)



tal sabor de candidez y facilidad, que ellos solos bastarían a pintar como en un espejo el alma sencilla, benévola y pura de Luis Vives.

En nuestro humilde entender, esta clase de lectura es harto más adecuada a la enseñanza de los niños que las fábulas y apólogos con que se suele desenvolver su razón y ejercitar su memoria, porque a la ventaja de tratar de cosas más próximas a los sucesos ordinarios de la vida, reúne la de carecer de aquellos velos que muchas veces detienen la imaginación en las formas y exterioridades sin dejarle penetrar en el sentido de la lección. Más fácil nos parece por otra parte llegar a formar el corazón del hombre con la comunicación de sus semejantes y con la simpatía natural que excita el sentimiento, que no por medio de símbolos y representaciones, no siempre claras, ni siempre acertadas y juiciosas.

Los *Diálogos* de Luis Vives no son, lo repetimos aquí, un tratado completo y cabal de educación; pero ¿cuánto no los elevan sobre otros muchos escritos con mayores pretensiones la gracia, la facilidad y rectitud moral que en ellos se descubre! Si se descontase al *Emilio* de Rousseau la originalidad de los pensamientos, la energía de la expresión, la vehemencia de la imaginación y la fuerza pasmosa del colorido ¿podría sostener un paralelo con las enseñanzas de nuestro filósofo? ¿Podrían igualarse sus teorías, hijas de un alma herida y exaltada, descontenta de lo existente y codiciosa de novedades, con unas lecciones sabias, templadas y benignas, fruto a la vez de la creencia religiosa, de la convicción del entendimiento y de la experiencia de la vida? ¿Sobrepujarán nunca en aroma y en dulzura frutas maduras en el invernáculo del cerebro a las que sazona y perfuma el sol del corazón y el rocío del amor y de la caridad? Creemos que no. Para nosotros, cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones y revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento. Tres siglos han pasado desde que Luis Vives daba a luz sus *Diálogos*, y hoy es el día en que casi todas sus lecciones son aplicables y de fácil ejecución: nuestros padres han alcanzado a Juan Jacobo, y si se habla todavía de su libro es para alabar sus formas y estilo, tal cual destello de su alma apasionada y sublime, y aquel sello inmortal en fin que imprime el genio en todas sus creaciones; pero a



nadie le viene a la imaginación poner en planta sus preceptos. Semejante divergencia de opiniones entre dos tan distinguidos talentos era sin embargo necesaria, y efecto más bien de las diferentes épocas, que no de la diferencia de sus sentimientos.

π

Los derechos de la mujer

Luis Vives vivió en un tiempo, que si bien llevaba en su seno el germen de las mayores revoluciones y mudanzas, todavía conservaba ilesos todos los principios religiosos y sociales, y de consiguiente los afectos, deberes y convicciones que de ellos dimanaban. El siglo de Rousseau, por el contrario, mostraba minadas en sus cimientos las instituciones políticas y religiosas, las creencias y las costumbres; y alteradas por consiguiente todas las relaciones morales: forzoso era atender a las nuevas necesidades de algún modo, y ensayar nuevos caminos para llegar a la época de todos presentida, pero que nadie podía fijar.

La sociedad de Luis Vives, morigerada y espiritualista, ni apagaba ni torcía los instintos generosos del alma; la de Rousseau, corrompida y materialista, viciaba el entendimiento y corrompía el corazón. ¿Qué mucho, pues, que el uno dejase medrar en ella la planta de la juventud, ni que el otro la trasplantase inmediatamente a un desierto lejos de dañosas influencias? Y he aquí la razón del influjo extraordinario y en alto grado moral que ejerció, aunque momentáneamente, el *Emilio*, que en medio de sus combinaciones artificiales y facticias mostraba allá en su fondo un resplandor misterioso de virtud y desprendimiento, clara muestra de la distancia que mediaba entre los naturales sentimientos de su autor y las exageradas teorías a que le llevaban sus persecuciones y amarguras.

Como quiera, y volviendo a nuestro Vives, no fueron sus *Diálogos* su obra de educación más importante, antes bien, al lado de los libros *De la instrucción de la mujer cristiana* y *Del oficio del marido*, aparece incompleta y manca.

Problema difícil ha sido en todos tiempos el del matrimonio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, y aun deberemos decir que cada vez se ha complicado más y que su solución es por extremo



espinosa. Los antiguos, con esclavizar la mujer, no desataban sino cortaban la dificultad, porque solo ejercían un acto de fuerza, contra el cual la razón protestaba sin cesar tácitamente. El amor para ello no solía traspasar los términos del apetito, y este afecto noble y puro que en las naciones modernas ha sido fuente de tantas acciones generosas, era de ellos más bien sentido que comprendido, en términos que si alguna vez lograba levantarse en alas de aquellos instintos inmortales que la humanidad siente en todos tiempos, bien pronto volvía al suelo vencido del peso de la sensualidad pagana. Cuando por fin Jesucristo trajo la libertad al mundo llamando a sí los débiles y desvalidos y publicando la ley de caridad, la mujer recobró sus derechos a la voz del que perdonaba a la adúltera y a la ramera arrepentidas; pero como la misión de los apóstoles era predicar por el mundo la palabra divina y vencer la incredulidad de las gentes, no podían declarar los derechos de la mujer, ni zanjar estas cuestiones verdaderamente secundarias, y aún quizá imposibles donde quiera que domine el espíritu evangélico.

Así es que en todas sus epístolas se recomienda a la mujer la obediencia pasiva como a vaso de fragilidad, y se la pone bajo la mano y gobierno del marido en un todo. Militaba además de tal suerte por esta práctica el imperio de la costumbre, que naturalmente se dejaban llevar de ella los hombres, y solo por amor de la nueva creencia miraban a sus mujeres como compañeras y no como esclavas.

Vino después la irrupción de los bárbaros, y el cristianismo posesionado de estos pueblos jóvenes y vigorosos produjo el espíritu de caballería, institución sublime que, fundada en los afectos más puros y desinteresados, servía de valladar saludable a las invasiones y desafueros de la fuerza brutal. Las mujeres, sin embargo, adoradas y reverenciadas en público, premiadoras del valor y alentadoras del ánimo, estaban reducidas en el hogar, su verdadero trono, a una condición enteramente pasiva, y tal vez miraban como pura concesión lo que podían tener por indisputable derecho de su sexo y de su individualidad; achaque común a todas las épocas guerreras desconocer la fortaleza en la debilidad y regirlo todo por medios naturales.

Tal era el estado de las ideas, cuando Luis Vives dedicó su libro *De institutione feminae christianae* [Brujas, 1523] a Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra y esposa de Enrique VIII, y fue a ensayar su virtud



con la educación de la princesa María, hija y heredera de entrambos. Quizá se pudiera esperar del talento penetrante del filósofo valenciano alguna idea nueva y luminosa que diese margen a reformas y modificaciones en la vital cuestión del matrimonio, resuelta entonces por la sola fuerza de la autoridad; pero si se consideran la solidez y trabazón íntima de las formas sociales de aquel siglo, fácil será adivinar que toda tentativa se reduciría cuando más al amago, y se quedaría en los límites de una utopía imposible. Cuestiones de esta especie solo se agitan cuando el espíritu de discusión lo socava todo, y la duda y el análisis llevan a los hombres a reconocer los cimientos del edificio social, aun a riesgo de enflaquecerlos y dejarlos como en el aire.

Luis Vives, por lo tanto, siguió las pisadas de la antigüedad no solo cristiana, sino también pagana, y se acomodó en un todo al espíritu de su tiempo, ensanchando las prerrogativas casi omnímodas del marido y limitando los derechos de la mujer a la obediencia y al silencio. A todo esto se junta un espíritu religioso austero y ceñudo en demasía, y un estilo en general vehemente y apasionado, que sin duda empleaba con el objeto de imprimir más fuertemente sus máximas en el ánimo tierno de una virgen. Luis Vives desconfiaba con razón de la fragilidad femenil, pero llevaba sus recelos al extremo, y más parecía cuidar de las trabas y estorbos materiales que no de la educación moral y de las naturales defensas de la virtud. De aquí nace el retraimiento absoluto a que sujeta no solo a las doncellas sino a las casadas y viudas, y de aquí el desasosiego y vivos temores que le inspiran todos los impulsos de la naturaleza, movimientos en su entender de la carne corrompida, que no aspiraciones del alma inmortal a su patria verdadera.

Con tan errado sistema, Luis Vives desconocía a la par la naturaleza humana, cuyos instintos, como revelaciones que son de Dios, más tienen de malos por las circunstancias que suelen acompañar su desarrollo, que no por sí propios; y desconocía también la perfectibilidad de la especie, fundada en la Ley de Dios, rápida y visible entonces más que nunca. Las cartas y consejos de los apóstoles y santos padres relativas al gobierno doméstico y a las relaciones de familia estaban en perfecta concordancia con el estado de aquella sociedad apenas despertada por la voz del cristianismo del letargo de los vicios y de la sensualidad; y mostraban además tino y prudencia suma cuando



ordenaban una obediencia ciega a mujeres criadas en medio de ejemplos perniciosos y faltas de todo desarrollo moral. ¿Cómo aplicar, pues, no ya su espíritu, sino también todas sus reglas y pormenores a una sociedad tan distinta de la suya y que había alcanzado tan eminente perfección relativa?

π



33

Cuando Vives habla del amor, funda su juicio excesivamente severo y desabrido en el dictamen de los filósofos gentiles para quienes en general, como dejamos apuntado, nunca traspasaba los términos del apetito, y como si su opinión fuese para nosotros cosa puesta fuera de toda duda, lo desnaturaliza y califica de inclinación bastarda e incapaz de levantar el ánimo a cosas grandes. ¡Extraño sentir por cierto en hombre tan eminente! ¿De bastarda y abatida calificaba él la pasión de Dante y Beatriz, de Romeo y Julieta? ¿De innoble tachaba el sentimiento que durante las tinieblas de la Edad Media esclareció la historia con las proezas de la caballería? Repetimos que nos maravilla semejante juicio y semejante filosofía, si filosofía puede llamarse la que de esta suerte desconoce los más evidentes fenómenos de nuestra naturaleza.

³³ *La recepción de una bruja*, David Teniers el Joven (1647).



¡Cuánta distancia no separa tan adusta doctrina de la delicadeza y ternura de Fenelón, y de la filosofía profunda y consoladora de Aime Martín! Si el género humano está destinado a caminar a la perfección rompiendo poco a poco sus cadenas y abrazando la idea de una emancipación progresiva, fecunda y evangélica, como más de un intento lo ha acreditado en este siglo, fuerza será mirar a las mujeres desde el punto de vista de una igualdad casi perfecta, reconocer sus derechos y sustituir a las relaciones de fuerza y predominio las de armonía y protección. Y tan patente se muestra semejante tendencia y tan alteradas están las costumbres, que las formas de la educación que Luis Vives propone son de todo punto inaplicables al presente orden de cosas; no porque el fondo de sus doctrinas desdiga un punto de una pureza y virtud sin igual, sino porque la austeridad severa y rígida de sus ideas concuerda mal con la suavidad y cultura de los tiempos actuales, que si bien no carecen de vicio y defectos gravísimos, todavía fecundan en su seno las semillas de una época más venturosa.

Fuera de esto, la cordura, candor y santidad que encierra su obra, merecen alabanza extraordinaria: sus miras y pensamientos son casi siempre profundos y verdaderos, y el estilo lleno de gracia y de sencillez en que refiere cosas pertenecientes a su familia, la vida ejemplar y virtuosa de su madre, el heroísmo de su suegra, cautivan y dejan ver como por un resquicio la bondad de su carácter y la apacibilidad de sus sentimientos.

Aun su ascetismo y rigor para con las mujeres quedó en gran manera templado y dulcificado con su libro *De officio mariti* [Brujas, 1528?] dedicado a Juan Borgia, duque de Gandía, en que campean las máximas más elevadas y benignas, y los preceptos más apostólicos y llenos de indulgencia que imaginarse pueden. Este libro, que por un raro contraste aventaja al primero en unción y abandono, es una guía segura y fija para gobierno de los padres de familia, y un código de prudencia, caridad y virtud con que disciplinar desde luego a los hombres en el santuario del hogar doméstico. No se notan en él la prolijidad de pormenores ni la precisión del método que convierte el anterior en una obra regular y concluida, pero los consejos y pensamientos generales que comprende son de la mayor utilidad y trascendencia.



Sobre la pobreza y la justicia

Con trabajos y empresas de tamaña importancia, dejaba asegurada su fama Luis Vives, pero el mismo espíritu indagador y profundo que le llevaba a desenmarañar las más espinosas cuestiones sociales, le movió a acometer de frente y con su acostumbrado aplomo una de las más arduas de todas. Como quiera que la mendicidad sea una verdadera lepra de la sociedad, aun durante estos tiempos que han visto plantearse tantos establecimientos para su remedio, en los de nuestro autor era tanto más de lamentar cuanto que el desarrollo industrial de las naciones estaba todavía en su infancia, y que una caridad indiscreta, si bien laudable en el fondo, alimentaba este manantial de corrupción e inmoralidad. Por otra parte, la miseria y sufrimientos de las clases menesterosas eran tales que en el año de 1522 solo en Sevilla murieron de hambre quinientos pobres. Tan encancerada llaga procuró cicatrizar nuestro Vives con su tratado *Del socorro de los pobres [De subventione pauperum]*, Brujas, 1526], que dividió en dos libros, dedicándolo a la municipalidad de Brujas, pueblo de su adopción, y que con razón podía contarle en el número de sus ciudadanos.

En el libro primero funda la obligación de la caridad y el alivio del prójimo así en las creencias religiosas, como en los principios morales que cada hombre tiene esculpido en su corazón; pero en el segundo, presentando la cuestión de la indigencia como un problema puramente social, y examinándola bajo todos sus aspectos, desenvuelve con claridad la teoría del trabajo, y sienta principios económicos de rara elevación en aquella época, que todavía alcanzaba en mantillas a esta ciencia. Sus ideas sobre la moralidad del trabajo, sobre su distribución, sobre el reparto de sus productos, sobre el adelanto y educación de los muchachos pobres, son superiores a todo elogio, porque lejos de ceñirse a una mera especulación industrial dirigida por el interés de la ganancia, todos sus conatos se encaminan a la perfección moral del individuo y a restituir a la sociedad sanos y ágiles estos miembros enfermos y podridos que podían agangrenar su cuerpo. No es el suyo un cálculo frío y mezquino en el cual entre el avasallamiento del menesteroso: la caridad y el progreso de la especie humana animan como un soplo divino sus escritos, y el embrión de su sistema social y la benevolencia inteligente que en él descuella, nos obligan a mirarle como el Owen de su siglo.



La portentosa variedad de los escritos de Luis Vives solo nos ha permitido dar a conocer (aunque con menos criterio y madurez de lo que merecían) los más trascendentales y graves, así por lo mucho que influyeron entonces en la marcha de las ideas, como por su intrínseco valor. Tampoco cuadraba a nuestro propósito un bosquejo de su vida trabajada de enfermedades, privaciones y amargas de todas clases; pero justo será decir que todas ellas sirvieron de crisol a su conducta y que nada en el mundo le hizo olvidarse un punto de lo que a su cuna y a su conciencia debía. Pobre, jamás se abatió a un término vergonzoso; caballero, fue idólatra de la lealtad, y en defensa de Catalina de Aragón, su bienhechora, arrojó la saña tremenda de Enrique VIII y sus prisiones; sabio, convirtió la ciencia en una religión, y a sí propio en sacerdote de ella; y ciudadano en fin y hombre privado, su proceder le granjeó el aprecio sincero de todas las almas elevadas de su siglo.

Tal fue Luis Vives. Si su apego por ventura excesivo a las doctrinas y ejemplos de la antigüedad ocultó alguna vez a sus ojos la tendencia de las sociedades modernas, y le forzó a prescindir de la historia, no es culpa suya, sino de la época en que vivió; época como todas las de transición guiada más bien de los instintos que de la razón, y que cansada de lo pasado y ansiosa de lo futuro, alguna vez se apartaba de los términos de la justicia. Por lo demás, ¿quién puede presentar títulos más valederos que los suyos a la gratitud de sus compatriotas y del mundo entero? ¿Quién más fiel intérprete de aquel siglo extraordinario, siglo verdaderamente de gigantes y que hubiera abrumado con su peso a cualquiera inteligencia que no estuviese sostenida por la mano de Dios? La losa del olvido nunca debió cubrir tan maravillosas obras, y en obsequio de nuestro país deseamos que fuerzas más poderosas que las nuestras se empleen en removerla, y que otras plumas más delgadas llenen los vacíos de esta clase que se notan en nuestra historia literaria³⁴.

El Pensamiento, tomo 1, 1ª y 2ª entregas, 1841

³⁴ Entre las ediciones de Luis Vives, merecen particular atención la de Basilea, hecha por el distinguido impresor Escopio, y sobre todo la de Valencia en 1782, ordenada por el erudito don Gregorio Mayans, costeadada por el señor Fabián y Fuero, arzobispo de esta ciudad, e impresa con suma corrección y buen gusto por Benito Monfort. Si en este artículo nos hemos abstenido de notas y citas de toda clase, es porque pensábamos remitir a ella al curioso lector, que nada tendrá que desear en punto a datos y noticias por prolijos que los busque. [Nota de Gil].

